crificios volvían á enriquecer la historia de México, y á convencer á Napoleón, y á Maximiliano, y á Francia, y al mundo, de que un pueblo que así luchaba por su Independencia, era un pueblo invencible, era un pueblo digno de ser libre.

II

Murillo

Se preparaba en Huetamo una de aquellas expediciones.

Los soldados salían de sus cuarteles á formar en la plaza; los oficiales atravesaban al galope las calles de la población, buscando ya los bagajes, ya las dispersas prendas de su reducido equipaje, ya algunos de sus subordinados que tardaban en presentarse en el lugar de reunión.

Las mujeres que siempre acompañan á los soldados en traje de campaña, hacían sus últimos preparativos: cubiertas con sus anchos sombreros de petate, con sus enaguas formadas de cien piezas de distintos géneros y colores, cargadas con todo su mobiliario, llevando en el hombro un perico y seguidas de uno ó dos perros, en-

traban y salían á las tiendas, hablaban con los soldados, sostenían disputas y diálogos acalorados con las mujeres del pueblo, reñían á los muchachos; en fin, introducían en la plaza ese exceso de movimiento que se llama desorden.

Tristes y cabizbajos los caballos de los oficiales, esperaban el momento en que debía volver á comenzar su martirio. Flacos, enjaezados con viejas sillas, muchas de las cuales tenían los estribos sostenidos por viejos mecates, algunos sin freno y cargados ya con inmensos maletones que no contenían más que ropas casi fuera del uso, aquellos animales parecían una protesta semiviva contra la expedición, y formaban con su taciturna gravedad el contraste más gracioso con la animación y el entusiasmo de sus amos.

—¿A dónde vamos por fin, mi teniente? decía un sargento.

—A Zitácuaro, contestaba el otro.

—A Zitácuaro, repetía el sargento á su compañía, con una fisonomía en donde brillaba el gozo.

—¡A Zitácuaro! exclamaban alegremente los soldados, «haciendo cantar», como ellos dicen, su fusil; ahora verán lo que es canela.

No parecía sino que se trataba de un paseo militar, y que se iba á poner un ejército en marcha, provisto de todos los elementos de guerra necesarios; y no eran más que

doscientos infantes y cien jinetes; pero allí estaba la fe, y la fe vale más que un ejército.

Con soldados así, un jefe puede emprender cualquier movimiento: podrá quedar vencido, pero nunca deshonrado.

Serían las seis de la mañana: se había dado ya el segundo toque de marcha, y todo estaba listo.

En una humilde fondita se desayunaba al parecer con mucho apetito un joven, que, según las apariencias, acababa de llegar, porque su blusa y su sombrero estaban llenos de polvo y tenía aún las espuelas puestas.

Otros dos hombres le miraban comer con cierta satisfacción, casi con ternura, como un padre que contempla á un hijo después de una ausencia larga.

—Pues señor, decía el joven, he sido afortunado: llego creyendo descansar unos días, y me encuentro con que ustedes están de viaje.

—¿Y estás muy cansado, Murillo? preguntó otro, que era nada menos que Carrillo, á quien conocimos en Zitácuaro.

—Vaya si lo estoy, contestó Murillo; á las tres de la mañana estaba ya á caballo, y anoche á las diez aún no llegaba al paraje.

—¿Pues por qué no pides permiso para quedarte dos ó tres días en Huetamo? dijo Carrillo.

—Porque ustedes van á pelear, y yo no me quedo aquí:

lo que haré será acostarme á dormir dentro de un rato, y á la tardecita me pongo en marcha y los alcanzo: estoy que me caigo de sueño.

—Puede que no se logre su proyecto, dijo entrando á este tiempo un oficial trigueño, grueso, de abultados labios, vestido de lienzo y sin más armas que un revólver en la cintura.

—Mi coronel Robredo, dijo Murillo parándose á abrazar al recién llegado; ¿qué hace usted?

—Poca cosa, dijo Robredo; como ahora no tengo soldados, sirvo al general de secretario.

—¡Cuánto me alegro! contestó Murillo, volviendo á abrazarle.

Robredo era todo un buen patriota: valiente, fiel, constante y lleno de inteligencia, de honradez y de abnegación, era uno de los jefes más queridos en el Ejército del Centro.

—Traigo una orden para usted, dijo Robredo.

—¿Qué orden? preguntó Murillo.

—Ya sabe usted que sale la fuerza dentro de un momento para Zitácuaro.

—Sí.

—Pues dispone el general que salga usted en este momento para Tusantla, para que manden allí exploradores, á fin de que á nuestra llegada se tengan noticias positivas de la fuerza enemiga, su número, sus posiciones, los jefes

que mandan en Zitácuaro; en fin, todos los datos necesarios para poder formar el plan de ataque á la plaza. Nosotros haremos cinco días de camino; es fuerza que usted llegue allí mañana al medio día: aquí está su pasaporte. Para todo se pondrá usted de acuerdo con el coronel Alzati.

—Bueno, dijo Murillo sonriendo, bueno: ¡bonito descanso voy á tener! ¿Y de recursos no hay nada?

—Un peso.

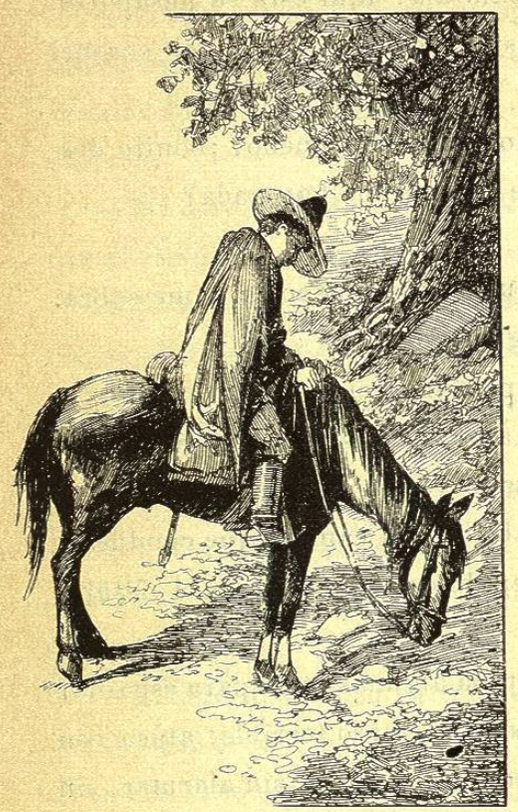
—Para los tiempos que corren mucho es, y me sobra: son cuarenta y tantas leguas.

—Pues váyase, y no perdamos el tiempo.

Murillo, sin replicar, abrazó á sus compañeros; y como si estuviera muy descansado ya, montó en su caballo, y media hora después trotaba por el camino que conduce á Zitácuaro, y la fuerza republicana comenzaba á desfilar en la plaza.

Murillo silbaba y cantaba algunas veces para espantar el sueño; pero el sueño es un enemigo terrible: ataca con tanta dulzura, acomete con tanto sigilo, sin alarmar, sin causar ninguna especie de disgusto, que es enemigo que vence con facilidad. Sólo los que han tenido que resistirle, sólo los que han tenido que caminar llevando consigo este enemigo tan poderoso que, para ser vencido, necesita ser vencedor, los que han pasado esas eternas noches de luna á la cabecera de un enfermo, pueden comprender lo que

es el sueño; sólo esos pueden comprender que no hay medio ni arbitrio para sacudirle; que nos puede rendir lo mismo en medio de un salón de baile, que en un puesto avanzado en los momentos de una acción.



Algunas veces nuestro oficial se dormía sobre su cabalgadura, y caminaba así hasta que un movimiento brusco del animal le despertaba espantado; y unas veces había perdido el camino y otras le había atravesado por un mal paso, y otras se encontraba enredado entre las ramas y los bejucos; despertaba con el firme propósito de no dejarse dormir, sacudía la cabeza, se quitaba el sombrero y volvía á caminar; pero siempre lo mismo.

—¡Maldito sueño! decía: va á parar en que me caigo ó en que una rama me hace pedazos la cara.

De repente volvió á dormirse: el caballo encontró algún obstáculo, se detuvo y se puso también á dormir; y el

jinete y el animal descansaban, como si el uno estuviera en un mullido lecho y el otro en la mejor cuadra de una ciudad.

La continua fatiga, las constantes desveladas y los muchos trabajos que pasaban los soldados en aquellos tiempos, hacían que estas escenas se repitieran constantemente: los dragones se dormían sobre sus caballos; algunas veces caían, y otras veces el animal, á su arbitrio, llevaba aquellos hombres dormidos, trastornando las formaciones, hasta que despertaban llenos de asombro en medio de un cuerpo que no era el suyo, entre la infantería, ó lado á lado del mismo general y en medio del Estado Mayor. Pero nadie los reconvenía, y por el contrario, los jefes con una solicitud paternal, andaban entre las filas despertando á los soldados, con objeto de evitarles una caída.

En esos largos y estrechos desfiladeros de la Sierra, aconteció muchas veces detenerse una columna después de dos ó tres noches de camino y de vigilia, y resultar que aquella detención era provenida de que el oficial y los soldados de vanguardia, deteniéndose un momento para apartar algún obstáculo, se habían quedado dormidos, y el resto de la columna había hecho lo mismo.

¡Cuántos se reirán de esto, tomándolo por una exageración! ¡y cuántos que lo presenciaron sentirán brotar el llanto á sus ojos, al recuerdo de aquellos días aciagos y de aquellos pobres soldados mártires!

Murillo y su animal seguían durmiendo: de repente el caballo hizo un movimiento; Murillo abrió los ojos, y vió pasar á su lado unas mujeres; eran mujeres de la tropa; alzó la cabeza, y ya cerca, muy cerca, entre una nube de polvo, se acercó la columna que había salido de Huetamo.

—¡Jesús! exclamó espantado: me he dormido como si no tuviera que hacer; si el general me viera, estaba yo perdido; pero este maldito caballo que se paró, tiene la culpa...

Unas alegres carcajadas le hicieron volver la cara, y al otro lado del camino vió un grupo de oficiales, entre los cuales estaba Carrillo, y los cuales reían alegremente.

—¿Han visto ustedes? dijo Murillo, mortificado de que le hubieran sorprendido en el camino.

—Sí que hemos visto, que hace como diez minutos que te estamos observando.

—Pues si como son ustedes ha sido el tío el que me encuentra, á estas horas voy preso entre la infantería; pero ahí viene, y me voy antes de que me vea.

Y diciendo esto salió al galope.

—¿Es Murillo ese que va ahí? dijo el jefe llegando pocos momentos después.

—No señor, es un explorador, contestaron gravemente los oficiales.

Y no se habló más del negocio.

III

La caridad de las selvas

Estamos en el rancho de Margarita, al pie de las torres de Cucha.

Jorge, restablecido, convaleciente ya, estaba sentado á la sombra de una ziranda. Meditaba tal vez en Alejandra, tal vez en Murillo, su hermano de armas.

El interior del rancho presentaba un aspecto triste y desgarrador.

Una mujer sentada en el suelo tenía en su regazo á un niño de dos años, que luchaba en la agonía con esas terribles calenturas de la tierra caliente, extraordinariamente pálido y flaco, con los ojos brillantes y fijos y una respiración desigual y jadeante; el niño lanzaba de cuando en cuando un débil gemido; la madre le miraba, le estrechaba contra su seno como queriendo darle la vida con su vida;